

Complutum

ISSN: 1131-6993

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.85237> EDICIONES
COMPLUTENSE

Un paisaje funerario singular de la Edad del Bronce del Suroeste: la necrópolis y la estela del Alto de la Cruz de Piedra (Jerez de los Caballeros, Extremadura)

Luis Berrocal-Rangel¹, Alfredo Mederos Martín², Rafael Caso Amador³, Manuel Rodríguez Rastrojo⁴

Recibido: 26/11/21 / Aceptado: 22/12/22

Resumen. En estas páginas se presenta el hallazgo de una estela del Suroeste en un contexto y con unas características que podemos considerar excepcionales. Su singularidad estriba no tanto en la rica colección de motivos grabados que presenta sino en su disposición interna, perfectamente organizados en una estructura en dos mitades casi exactas, en la forma de su soporte, que combina una silueta antropomórfica con un campo iconográfico claramente plano y trabajado para ser visto desde un única dirección. La estela, además, muestra perfectamente conservada su base, apuntada y engrosada para ser hincada en vertical. Pero el dato principal de este ejemplar es su lugar de hallazgo, cerca de un cruce de caminos vecinales marcado por un crucero granítico de época medieval o moderna. El lugar, cuyos valores estratégicos y religiosos está garantizado por este uso tradicional, lo fue también durante toda la Edad del Bronce, Calcolítico y, posiblemente, Neolítico Final. Esto se deduce porque la estela se coloca al sureste del cruce y entre éste y aquella se localizan diversos grupos de cistas del Bronce. Y, más allá del cruce, uno o dos megalitos se localizan a escasas decenas de metros de distancia. La disposición de la estela, marcando la “entrada” desde el Sureste a este paisaje funerario implica su reconocimiento como tal en algún momento del Bronce Final, cuando se hincó dicho monumento, aunque el uso de tal paraje se retraiga muchos siglos atrás. Dicho reconocimiento no hace más que reforzar la idea de Martín Almagro-Gorbea, que interpretó las estelas del Suroeste como las últimas manifestaciones prehistóricas de una tradición que ancla sus orígenes en un Megalitismo donde los menhires habían materializado creencias colectivas en divinidades.

Palabras clave: estela de guerrero; cistas de la Edad del Bronce; tholos; tumbas megalíticas; Arqueología del Paisaje.

[en] A singular funerary landscape from the Bronze Age at the South-West Iberia: the necropolis and the stelae of Alto de la Cruz de Piedra (Jerez de los Caballeros, Extremadura)

Abstract. This paper presents the finding of a new warrior stelae from the Southwestern Iberian Peninsula Late Bronze Age. This monument shows notable characteristics. This singularity comes not only from the rich collection of engraved motives, but also from the internal disposition of them and from the plain shape of the same stone, clearly carved for being watched from a unique direction and placed as upright stone. Although the main key of this finding is at the landscape. The stelae was discovered beside an old rural path, near a crossing called “Alto de la Cruz de Piedra”, because over there a Christian cross was built in granite along the 18th century AD. From the stelae to the cross, several groups of Bronze Age cists are clearly visible along the way and, also, there are two possible megalithic graves north to the Christian cross. One of them it looks a tholos and the other is not possible to define by superficial reminds. Therefore, the stelae of the Late Bronze Age was an entrance mark of an older funerary landscape, from Late Neolithic to Middle Bronze Age. This relationship confirm the explanation of these warrior stelae of Prof. Almagro-Gorbea as the last testimonies of a prehistoric tradition which deeps origins in Megalithic monuments as the standing-stones menhirs.

¹ Universidad Autónoma de Madrid
luis.berrocal@uam.es

² Universidad Autónoma de Madrid
alfredo.mederos@uam.es

³ Universidad Nacional de Educación a Distancia (Mérida)
rcaosamador@gmail.com

⁴ Equipo Arqueológico “Nertobriga”
mrodriguezrastrajo@gmail.com

Keywords: warrior stelae; Bronze Age cists; tholoi; megalithic graves; Landscape Archaeology.

Sumario: 1. Introducción. 2. El paisaje arqueológico. Hallazgo y localización. 3. El contexto arqueológico. Necrópolis de cistas y megalitos. 4. La estela. Estudio e interpretación. 5. Conclusiones.

Cómo citar: Berrocal-Rangel, L.; Mederos Martín, A.; Caso Amador, R.; Rodríguez Rastrojo, M. (2023). Un paisaje funerario singular de la edad del bronce del Suroeste: la necrópolis y la estela del Alto de la Cruz de Piedra (Jerez de los Caballeros, Extremadura). *Complutum*, 34 (Núm. Especial): 129-143.

1. Introducción

El primero de nosotros recuerda vivamente la primera conversación que mantuvo con el profesor Almagro-Gorbea, la necesidad de estratigrafías bien establecidas con la que, dicha charla, se transformó en una primera lección improvisada. Y es que, el profesor Almagro-Gorbea aprovecha cada oportunidad para extraer de ésta todo aquello que sea de interés para él y para quien lo rodea. Y, en esa y otras muchas veces a lo largo de más de treinta años de relación, el profesor Almagro nos enseñó la importancia de establecer contextos y estratigrafías claras, frente a una Arqueología teórica que ya por los últimos años ochenta comenzaba a inundar la Epistemología española. Él, que ha realizado más obras de base teórica que nadie en su época, reclamaba ya más atención a las estratigrafías y a los contextos de hallazgo de los materiales, en consonancia con los trabajos que habían destacado gran parte de su extensa tesis doctoral, como el estudio de las excavaciones de Medellín. En la misma tesis, Martín Almagro-Gorbea había continuado los trabajos de su padre sobre las estelas del Bronce del Suroeste. Y se quejaba de la falta de contextos arqueológicos que permitan comprender en profundidad el verdadero significado y funcionalidad de estas estelas, aparecidas, como es sabido, generalmente removidas y fuera de contextos originales:

No se conoce ninguna de estas estelas conservadas in situ. Todas ellas han aparecido después de numerosas remociones sufridas a lo largo de los siglos. Sí sabemos que en algunos casos aparecen agrupadas lo que obliga a pensar en la existencia de ciertas necrópolis... (Almagro-Gorbea 1977: 192).

Por todo ello, los autores quieren aprovechar el hallazgo casual que hemos realizado de

una estela, y de los yacimientos asociados que siguieron a éste, para dedicar su publicación a quien ha sido maestro de tantos, entre ellos los firmantes de estas páginas. Porque, frente a las publicaciones habituales de estos monumentos prehistóricos, este caso presenta unas características singulares que permiten considerar el hallazgo de extremadamente afortunado. En él se presenta, no sólo una estela de guerrero con una representación completa de los objetos y personajes habituales, sino una pieza intacta que responde a la morfología propia de un elemento concebido para estar hincado y una localización claramente identificada tanto por estar en un cruce de caminos tradicionales como por marcar el acceso a un área funeraria de la Edad del Bronce y, más allá, del Calcolítico y del Neolítico final: grupos de cistas delimitan un paraje que culmina con la localización en el extremo contrario a la estela, de uno o dos dólmenes.

2. El paisaje arqueológico. hallazgo y localización

La estela fue identificada por dos de los firmantes (M.R.R y R.C.A.) de manera totalmente casual a inicios del mes de octubre de 2015, mientras practicaban senderismo por un camino vecinal, en cuya linde se localizó. Sin duda la formación arqueológica de ambos les llevó a fijarse en una gran losa plana de cuarcita, y la fortuna ayudó, propiciando un sol rasante adecuado en ese momento, para poder distinguir algunos de sus motivos como el escudo y la lanza, dado que toda la estela se encuentra en un avanzado estado de erosión. Tras su identificación positiva, la noticia se transmitió a D. Guillermo S. Kurtz Schaefer, Director del Museo Arqueológico de Badajoz, quien procedió a comunicarlo a la Dirección General de Patrimonio iniciándose así los trámites necesarios

para su depósito en dicho Museo. El proceso de depósito, más lento de lo previsible inicialmente, y los plazos de esta publicación nos han obligado a realizar este estudio a partir de las fotografías iniciales y apuntes que se hicieron desde el camino. De hecho hemos tenido que realizar un difícil trabajo de identificación exhaustiva con la ayuda de las fotografías tomadas a diferentes intervalos del mediodía, cuando la luz solar del Otoño favorecía la visualización de la impresionante “panoplia” de objetos y personajes que la estela recoge.

Como ya hemos indicado, tanto la estela como las cistas localizadas, y los mismos megalitos, están muy cerca o en el mismo borde de dos vías vecinales que se cruzan en este lugar, el “Camino Viejo de Jerez de los Caballeros a Fregenal de la Sierra”, de Norte a Sur, y una vía menor que comunica los cortijos de El Acebuchal y del Tablado, de Oeste a Este. El cruce de ambos es conocido como “Alto de la Cruz de Piedra”, o simplemente “Cruz de Piedra”, por la presencia de una imponente cruz de granito cuya cronología puede retrotraerse varios siglos. Desde este sitio se abre una magnífica panorámica hacia el Norte, hasta el

cauce del río Ardila y su cuenca septentrional, incluyendo la misma ciudad de Jerez de los Caballeros, a cuyo término municipal pertenece, aun cuando el yacimiento está más cerca de Fregenal de la Sierra. Sin embargo la densa dehesa de encinas y alcornoques que domina su paisaje hacia el sur impide comprobar cualquier visibilidad entre este paraje y sus entornos más meridionales.

La estela apareció en unas labores de limpieza de la finca meses atrás, según nos informó D. Antonio Barranca, representante de la propiedad, volteándola hasta dejar a la vista su cara decorada aunque, por el estado de desgaste de sus motivos, pasó desapercibida. Se situaba junto al margen izquierdo del Camino Viejo de Jerez a Fregenal, quedando su dorso en la superficie, como evidencian el desgaste y meteorización de la piedra. La cara plana y decorada se situaba por tanto hacia abajo, protegida de las inclemencias del tiempo aunque, sin duda por la fragilidad de la piedra, sus grabados están claramente erosionados. Las coordenadas UTM ED50 son 29S 699599.4233290 y su cota relativa de 550 s.n.m. (Hoja 875-III El Carbajo, del M.T.N. de España) (Figs. 1 y 2).

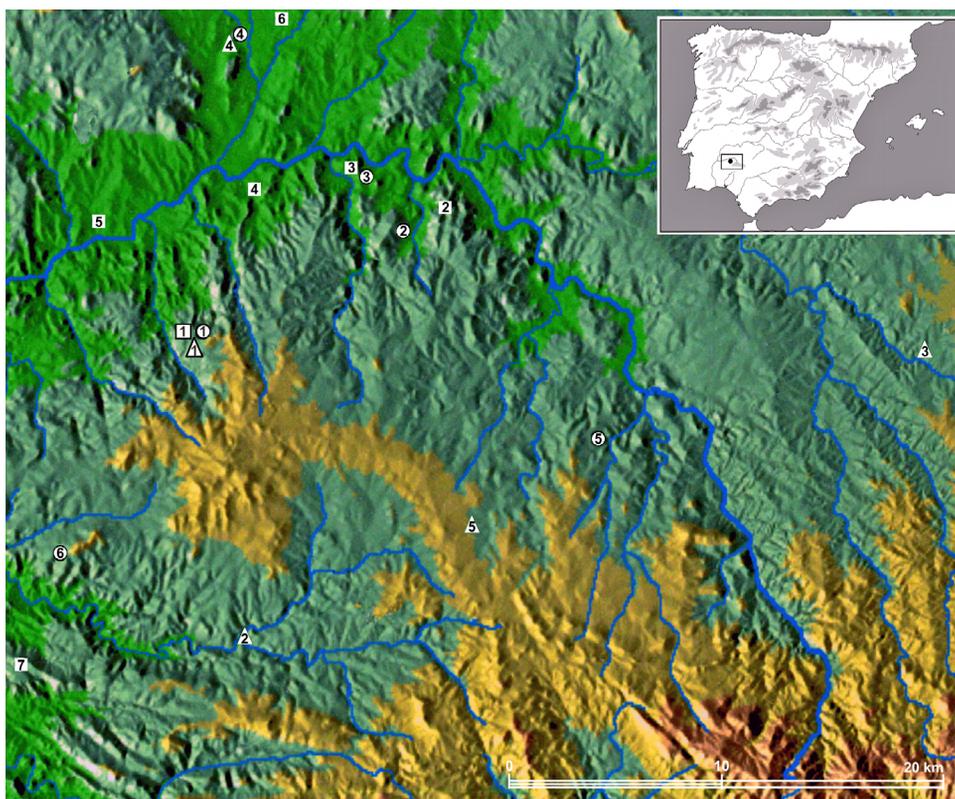


Figura 1. Localización del yacimiento en el Suroeste peninsular (nº 1), y su entorno comarcal más cercano, la Cuenca central del río Ardila. Yacimientos citados en el texto: dólmenes (círculos), necrópolis de cistas (cuadrados); estelas (triángulos).

Este lugar dista unos 230 metros en línea recta de la citada cruz, 352° al NW de la estela. Entre ambos se localizan varios grupos de cistas, visibles con claridad en aquellos casos que se localizan a ambos lados del Camino Viejo pues parece que fueron desenterradas parcialmente en obras de limpieza y arreglo de éste. Estas cistas, hechas con losas de esquisto del lugar, responden a las características habituales de los conjuntos del Bronce del Suroeste, tradicionalmente descritos por Schubart (1975). Más allá de la Cruz, hacia el Norte y el Oeste se observan nuevas estructuras de difícil definición que, por estar en propiedad privada, no hemos querido analizar con detalle. A 318 metros de la estela, con un rumbo 354° NW, se documenta lo que consideramos un *tholos*, dolmen con cámara redonda que conserva prácticamente todos sus ortostatos inferiores, de tamaño medio o pequeño, y el corredor, de reducidas dimensiones y compartimentación interna (por medio de una losa transversal). Un conjunto similar fue localizado y excavado relativamente cerca, en el paraje de Las Arquetas, a unos veinte kilómetros al Nordeste del lugar, término municipal de Fregenal de la Sierra. En este caso, dos necrópolis de cistas fueron localizadas junto a un dolmen de corredor (Enríquez y Carrasco 1995; Carrasco y Enríquez 2000).

Se documenta así otra interesante zona sepulcral, en este caso con una extensión aproximada 5,6 ha., y una ocupación a lo largo de todo el Calcolítico y la Edad del Bronce, a juzgar por sus monumentos superficiales, cuyo carácter sacro ha sido perpetuado con la erección de una cruz cristiana en época Moderna. Pero la presencia de esta cruz se explica mejor como “crucero”, marcador de la intersección de caminos tradicionales en un ambiente rico en aguas (abundan las charcas naturales y artificiales por todo el paraje) y pastos permanentes.

El paisaje refleja un relieve accidentado, con sierras cuarcito-pizarrosas que superan los 650 m de altitud, con el Cerro Centinela (654 m) al Este del lugar, del que se puede considerar base de su ladera occidental. Entre este relieve se encajan, en vaguadas o embarrancados, arroyos como El Carbajo, que cruza a un kilómetro al Oeste, corriendo de Sur a Norte hasta su desembocadura en el Río Ardila (García González 1994: 88), afluente principal del Guadiana y marcador hidrográfico de esta comarca, que es extremo oriental del reborde

paleozoico lusitano y no parte de Sierra Morena, como a menudo es confundida. En este sentido, la cuenca de este río es el paso natural desde el Alentejo y la Extremadura española con el Valle del Guadalquivir, más allá de la Sierra de Tentudía pero, sobre todo, es la transición más directa con la Serranía onubense, donde la presencia de restos calcolíticos y de la Edad del Bronce es más que reconocida (Pérez Macías 1987). Geológicamente, dicho reborde es una formación precámbrica formada por esquistos grauváquicos, con áreas restringidas de granitos, cuarcitas, calizas y pizarras cámbricas (SIGEO, s.d.). Sus suelos dominantes son francos, Tierra Parda Meridional sobre pizarras, con manchas de *terra rossa* sobre calizas y rocas intrusivas (VVAA 1972: 168). La vegetación ofrece un predominio de encinas y alcornoques, en amplias y tupidas dehesas, prácticamente bosques, que sirven de sustento a una extensa cabaña bovina y porcina, mantenida gracias a los numerosos manantiales y cursos de agua menor, aprovechados a menudo en la forma de charcas como se ve en el mismo paraje de la Cruz de Piedra. Los recursos mineros explotables en la Prehistoria son escasos pero interesantes, conociéndose menas de oro y cobre, e incluso de estaño, así como minas de hierro de una importancia menor o escasa, a menudo sobrevaloradas desde la interpretación arqueológica (VVAA 1987).

3. El contexto arqueológico. Necrópolis de cistas y megalitos

A falta del estudio detallado que este yacimiento merece, queremos llamar la atención sobre los diversos conjuntos de cistas y dólmenes, describiendo algunos rasgos superficiales (Fig. 2).

3.1. La necrópolis de cistas

Responde a una serie de conjuntos de tumbas de características conocidas en esta comarca del Suroeste extremeño, cajas de planta rectangular o trapezoidal, realizadas con cuatro lajas de esquisto como paredes, y otras posibles como fondos y tapaderas. A juzgar por los dos conjuntos que han sido alterados por los márgenes del camino, estas cistas estaban encajadas sobre el substrato lítico y calzadas, posiblemente, por pequeñas cuñas o calzos de la misma roca. Sus medidas oscilan en tor-

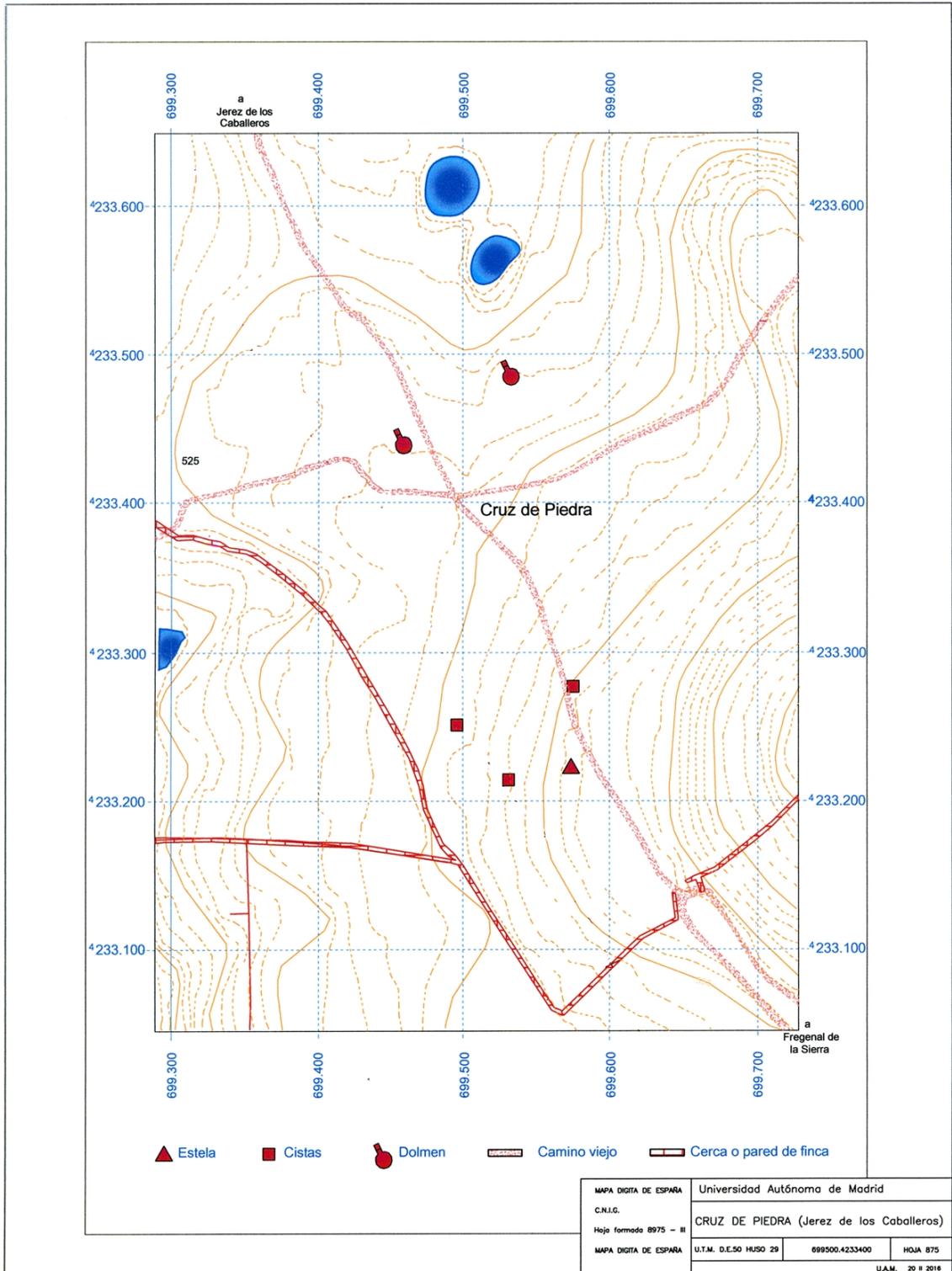


Figura 2. Emplazamiento de la estela (triángulo), grupos de cistas (cuadrados) y los dos dólmenes, el tholos al nordeste del cruce y el posible sepulcro de corredor, al Oeste, según el Mapa Topográfico Nacional 1:25000 Hoja 875-III.

no a 75x50x25 cm, con una varianza de 10 a 20 cm en cada una de estas dimensiones. Es importante destacar que las lápidas de estos

conjuntos no presentan ordenación aparente alguna, sino que parecen construidas apoyadas entre sí, o compartiendo alguno de sus ángu-

los. No hay, frente a necrópolis vecinas como Las Arquetas, una orientación dominante ni separaciones entre ellas (Enríquez y Carrasco 1995: 104-106). Esta diferencia pudiera reflejar una cronología diferente, quizá algo más antigua que la inferida de algunos objetos de ajuar de este último cementerio (*ibidem* 111), pero también una integración mayor con los conjuntos de necrópolis de cistas onubenses y bajo-alentejano, caracterizados por la presencia de agrupaciones tumulares (Albergaria 2013: 51ss; Romero 2003: 79-80; Pérez Macías 1996; Gomes 1994: esp. 92ss; Del Amo 1993; Silva y Soares 1979).

Este tipo de necrópolis es característica del Bronce Pleno, Bronce I y II del Suroeste de Schubart (1975; Pavón 1998: 225-226), y su presencia en nuestra comarca ha sido destacada como espacio de confluencia entre las tradiciones portuguesas, onubenses y de la Baja Extremadura central (Enríquez y Carrasco 1995: 114 y 116). En tal sentido viene a incrementar el cada vez más numeroso grupo de cementerios similares, que se concentra, significativamente, a uno y otro lado del cauce del Ardila, sin duda donde se concentran los mejores pastos y los principales vados del río (Fig.: 1: n° 2. Las Arquetas; n° 3. La Parrilla; n° 4. Los Bolsiquillos; n° 5. Dehesa Boyal; n° 6. Brovales; n° 7. San Bartolomé... a partir de Enríquez y Carrasco 1995 y Pérez Macías 1996).

3.2. La necrópolis megalítica

Ocupa el extremo norte de esta área y está formada, al menos, por un sepulcro megalítico de tipología tholos y otro, posible, de cuyos restos superficiales no puede deducirse más que podría tratarse de un dolmen de galería, de nuevo similar al cercano Las Arquetas (Carrasco y Enríquez 2000). En este caso, el dolmen reflejaba un ortostato de cierre en el espacio que pudiéramos definir como cámara (*ibidem* 328), un rasgo que se comparte con el tholos y el posible dolmen 2 de El Alto de la Cruz de Piedra.

El sepulcro n° 1 se sitúa al NE del cruce de caminos, en una pendiente marcada por dos charcas que se emplazan poco más allá. El dolmen presenta una típica cámara redonda, formada por numerosos pequeños ortostatos, visibles en superficie en anchuras medias de 40 cm, y un diámetro entre 4,45 y 4,85 m. Orientado hacia el NE, se abre un corto corredor, con 3,05 x 1,45 m máximos en la longitud y anchura, y uno, o dos, ortostatos pequeños

como cierres interiores situados a mitad de dicha estructura. Por su planta y por el tamaño aparentemente pequeño de los ortostatos parece tratarse de un enterramiento en *tholos*, un tipo conocido en la comarca por el gran ejemplar de El Toriñuelo (Fig.: 1 n° 4) (Carrasco 2000) y el más cercano de La Pizarrilla (Fig.: 1 n° 3) (Almagro 1963).

El sepulcro n° 2 está emplazado al Oeste del anterior, separado de éste por una distancia de 80 metros en línea recta según el SIGPAQ. En este caso, las losas de esquisto se reconocen superficialmente sin un orden concreto y no podemos afirmar qué tipo de monumento acogen, pudiendo responder a un gran conjunto de cistas aunque parece factible que albergue algún tipo de dolmen de galería. Su similitud con el excavado en Las Arquetas no deja de ser una mera propuesta, derivada de lo que podemos ver en superficie pero resultan muy sugerentes estas asociaciones entre cistas y dólmenes, de las que parece haber más ejemplos en las proximidades (Carrasco y Enríquez 2000: 336; Jiménez y Barroso 2000: 416...). Desde luego cada vez son más los sepulcros de corredor o galería que se conocen en el Suroeste extremeño, lo que densifica la nube de puntos y la cohesiona más con la más extensa de El Alentejo portugués. Al de Las Arquetas, hay que sumar otros dólmenes adintelados bien conocidos como el de Castrejón, o Valdiablos, en el término de Fregenal (Fig.: 2 n° 5), (Berrocal 1991: 212; Prada 2007: 162-166) o el llamado de “Garrancha”, en el término de Higuera la Real, descrito en la correspondencia epistolar entre José Mélida y D. Juan Bozas Vargas, y que debe ser “La Sepultura”, publicado por Fidal Fita en 1896.

4. La estela. Estudio e interpretación

La estela presenta una forma trapezoidal, tendente al rectángulo, con su lado derecho deteriorado por viejas roturas, anteriores y posteriores a su uso final como tal, y sus extremos apuntados. Nos hemos atrevido a sugerir una restitución que arroja una forma original sorprendentemente simétrica y regular, por cuanto desconocemos algún paralelo similar. Pero tampoco es tan habitual que estas estelas presenten su campo figurativo tan evidentemente trabajado para ofrecer una sola cara a una sola vista. Ni tampoco que la base esté tan clara-

mente diseñada para disponer el monumento en posición hincada (Figs.: 3 y 4).

Sus dimensiones máximas son de 119 cm de longitud máxima en el anverso, 109 cm en el reverso, 60 cm de anchura máxima conservada y un grosor entre 14 y 25 cm. Se trata de una grauvaca de color rojizo y grano grueso, de escasa dureza y fácilmente erosionable, por lo que los grabados han sufrido de un desgaste generalizado y regular que hacen muy difícil su percepción en condiciones lumínicas normales. Es interesante indicar que no es la roca propia del substrato lítico, formado básicamente por pizarras y esquistos con niveles cuarcíticos, según el Mapa Geológico de España (Hoja 875/10-35 Jerez de los Caballeros: CGS 1981). Sin embargo existen bolsadas importantes de grauvascas cercanas, a lo largo del tramo del arroyo de El Carbajo que cruza junto al pozo de El Encantamiento, a dos kilómetros al NW de la estela.

Formalmente, la estela muestra sus dos extremos, superior e inferior, conformes a cómo se dispone el personaje principal representado en la estela, con perfiles apuntados, que consideramos intencionadamente tallados. Así el extremo superior de la estela viene a coincidir con la cabeza cornuda de dicho personaje principal y podemos imaginar que su lado derecho, deteriorado, debía prolongarse en un intento de plasmación simétrica. Por el contrario, el extremo inferior muestra la forma apuntada propia de una piedra tallada para ser hincada, con la misma pérdida del lado derecho de la losa. Se trata por tanto de un diseño muy complejo y predeterminado, configurado en torno a una cruz, como presagio del topónimo del lugar y del monumento cristiano que lo caracteriza. Así, longitudinalmente, el campo epigráfico está dividido en dos mitades casi exactas, donde la lanza marca el eje transversal que las separa y, de ellas, la superior, se encuentra partida en otras dos mitades horizontalmente hablando, donde el eje longitudinal de ambas es el propio gran antropomorfo. La posición dominante de éste, marcando el centro y ocupando la parte superior de la estela, nos permite interpretarlo como eje longitudinal de todo el diseño (Fig. 3).

La sección de la estela refuerza esta imagen de uniformidad formal, pues se presenta como claramente regular, con una superficie tallada perfectamente lisa y destinada a ser el campo de los motivos grabados, y unos márgenes también regularizados excepto en el comenta-

do lado derecho. Es importante resaltar que la sección longitudinal de la piedra muestra un ligero engrosamiento en su cuarto inferior, que corresponde a lo que puede interpretarse con facilidad como base de la estela, aceptando que esta morfología es la adecuada para una piedra expuesta en vertical, hincada. Dicho engrosamiento se destaca más en su cara anterior, o anverso, marcado por un menor tratamiento superficial en comparación con las otras tres cuartas partes del anverso y por la ausencia de motivos grabados. También un claro desnivel que corta transversalmente el campo decorativo marca la diferencia entre la parte expuesta de la estela y aquella que creemos destinada a estar enterrada.

En cuanto a los elementos representados, hemos realizado la siguiente relación, con la apreciación previa de que es muy difícil percibir la mayoría de ellos. Solo con luces rasantes naturales, que son diferentes según el motivo observado, se ha podido entrever muchas veces algunos de éstos (Fig. 4): espejo (nº 1); lira (nº 2); espada (nº 3); posible fibula (nº 4); carro de dos ruedas y dos caballos (nº 5); antropomorfo cornudo con *braccae* o protector para monta (nº 6); lanza con contrapeso esférico (nº 7); fibula (nº 8); escudo de escotadura con manilla (nº 9); antropomorfo con espada al cinto y casco de cuernos (nº 10); arco con flecha (nº 11); y peine con mango agujereado (nº 12).

El aspecto actual de la estela, que como hemos comentado sufrió la fractura de su lado derecho en un momento antiguo y la adaptación posterior evidente de alguno de los motivos situados en éste, puede ser interpretada como consecuencia de un retallado. Defendemos, por tanto, la existencia de dos, o quizá tres, fases en el uso del monumento. Al menos en la más antigua, la roca fue tallada de forma regular hasta lograr cierto aspecto antropomórfico, marcando sus hombros y cintura. En esta fase es posible que contase sólo con la representación de alguno de los elementos reconocibles, como la lanza, el escudo, el antropomorfo menor con espada al cinto y la fibula cercana, así como con el carro. Otros, sin embargo, fueron “borrados” en el retallado posterior, como parecen sugerir ciertas inflexiones suaves de la superficie, a la derecha de la espada grande, en paralelo al asta de la lanza o transversalmente al antropomorfo grande (Fig. 3, marcadas por las líneas más finas). El carro es el único de dichos objetos que muestra claramente cómo fue parcialmente retallado para adaptarse a la superficie

más recortada e irregular de este flanco derecho fragmentado. En su representación original, debía disponerse en un emplazamiento mejor definido, a la manera del espejo y la lira situado en lado contrario, posiblemente una caja ancha

y con pescantes. Tras la rotura del borde derecho, ante la falta de espacio, se redujo la caja a la mitad y no se dudó en retallar el caballo y la rueda sobre la misma fractura y el plano inclinado que ésta deja.

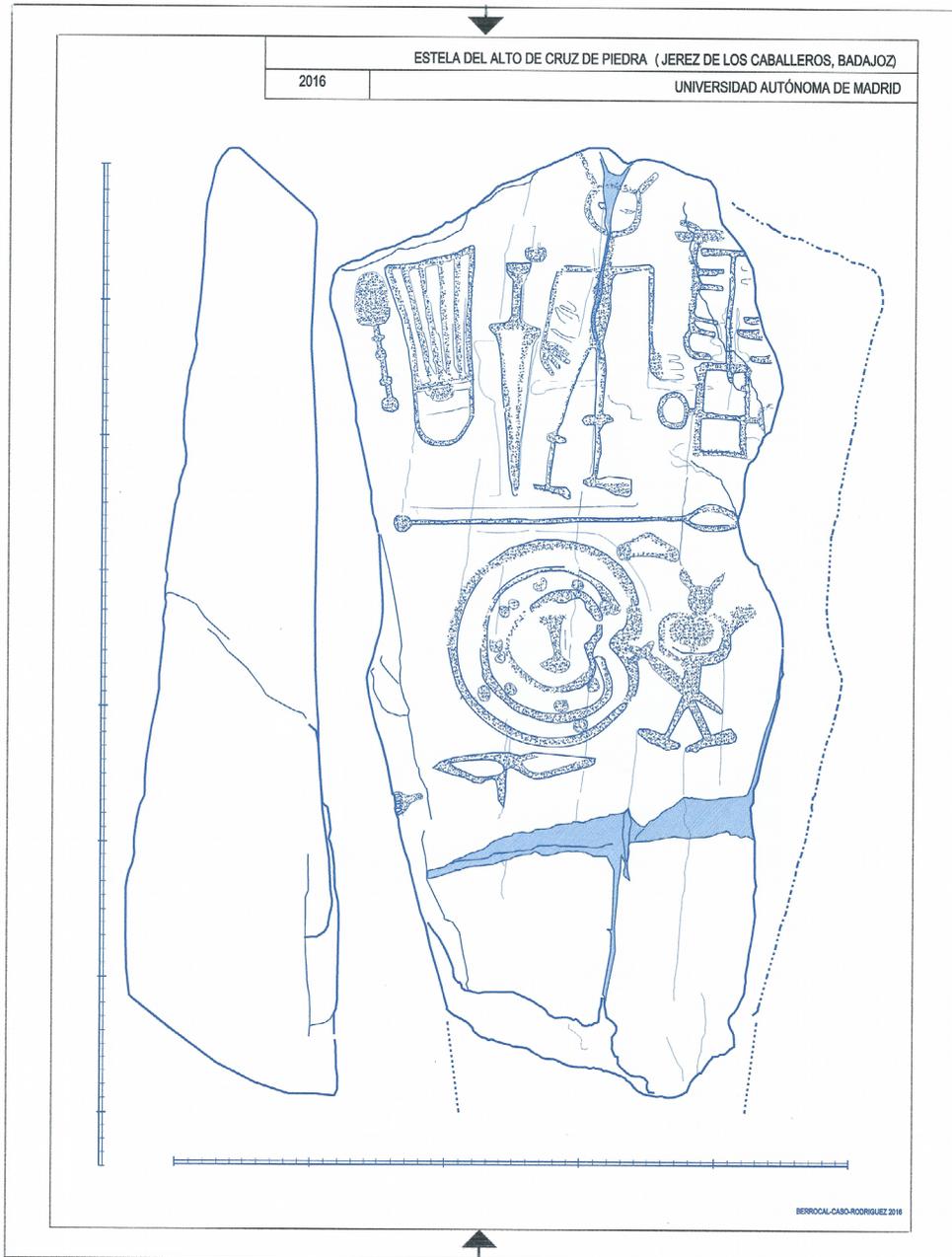


Figura 3. Calco de la estela. En líneas continuas, trazados grabados observables. En trama irregular, posibles hundimientos y tramos grabados dudosos. En líneas finas y tramas regulares, rebajes y fracturas de la roca.

La segunda fase, por tanto, afectó al carro y, puntualmente, a la punta de la lanza. Es posible que en esta fase se completase el repertorio de motivos con la inclusión de

elementos de la mitad superior como el gran antropomorfo central, acompañado de espada, lira, espejo y posible nueva fibula (nº 4), así como un posible peine en otro lateral de

la escena inferior, borrándose parcialmente la fíbula de la parte inferior (nº 8) e incorporándose un arco por debajo del escudo de la escena inferior, al haber ahora ya dos antropomorfos. Pero este planteamiento no es más que una especulación, basada en la comparativa iconográfica que desarrollaremos a continuación.

En efecto, independientemente de la magnífica disposición final de los motivos, la comparación con otros ejemplares nos permite suponer que los elementos bajo la lanza, incluyendo ésta, se presentan siguiendo una tradición más antigua (con lanza en posición horizontal, punta en dirección hacia la derecha, y regatón a la izquierda; escudo que presenta escotadura en V, sin cerrar, remaches en el interior del escudo, a veces en parejas de dos, y una abrazadera central en posición vertical. Al lado derecho, una figura humana, que presenta la espada envainada en la cintura, lo que explica que ya no se coloque una espada por debajo del escudo. Sobre el hombro derecho hay una fíbula ligeramente asimétrica con forma triangular indicándose el resorte y la mortaja). Este antropomorfo menor también presenta rasgos que permitirían ver las dos fases comentadas. En ésta primera, la cabeza se marca por un ligero rehundimiento central y los brazos estarían alzados a ambos lados de ésta, como sucede en la misma losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz), el paralelo geográfico e iconográfico más cercano (Berrocal-Rangel 1987: 196). También pueden haber estado cerrados en dirección a la espada, con forma circular como sucede en las dos figuras humanas de la estela de La Pimienta, Capilla (Badajoz: Domínguez de la Concha y González Bornay, 2005: 50-51). En una fase posterior, se talló una nueva cabeza, sobre la anterior, con cuernos y con los brazos confirmando la disposición abierta hacia arriba, a modo de “orante”, como sugieren unos pequeños surcos que parecen representar una mano. En esta fase más tardía, hay un arco con flecha en el antiguo lugar donde inicialmente se habría colocado la espada, para indicar que se trata una figura complementaria del ahora antropomorfo principal en la escena superior. Se ha sugerido que el arco no aparece en la “panoplia” de las estelas de guerrero hasta una fase avanzada de éstas, a menudo acompañado por el carro, cuando la caza se habría convertido en una actividad de prestigio social (Harrison, 2004: 90 fig. 6.5, 89 fig.

6.4.6; Díaz-Guardamino, 2010: 363 fig. 217). Y, así, consideramos este caso, siendo el arco más próximo el de la estela fracturada de Écija III (Sevilla: Rodríguez Temiño y Núñez, 1985: 481-483, fig. 1; Celestino, 2001: 425-426; Harrison, 2004: 292-293), que cuenta con guerrero con casco de cuernos, espejo y peine.

De aceptarse esta interpretación, podemos plantear que la escena inferior, o inicial de la estela, se corresponde con las representaciones donde la figura humana es inferior al tamaño del escudo, que sigue teniendo una posición dominante y central (Harrison, 2004: 95 fig. 6.9). El mejor paralelo es la estela de Talavera de la Reina (Toledo: Celestino, 2001: 355), aunque Harrison no la incluye en el grupo anterior y la cree más avanzada por tener casco de cuernos que habitualmente van asociados a escudos sin escotaduras en V abiertas (Harrison, 2004: 226-228). Sin embargo, cuenta también con un escudo con escotadura en V, sin cerrar, y remaches en el interior del escudo, figura humana pequeña con casco de cuernos, espada al cinto y lanza cerca de la mano. Escudos con remaches en este tipo de estelas, donde la figura humana es inferior al tamaño del escudo y siguen teniendo una posición dominante y central, se conocen en estelas “antiguas”, como Solana de Cabañas (Cáceres: Rosso, 1898: 179; Almagro Basch, 1966: 27, fig. 2, lám. 1; Celestino, 2001: 348; Harrison, 2004: 218), y Cabeza de Buey I, Badajoz (Ramón y Fernández Oxea, 1950: 298, 301 fig. 11, fig. 23; Almagro Basch, 1966: 69-71, fig. 21; Celestino, 2001: 362; Harrison, 2004: 234). No hay ningún ejemplo de estas estelas, “antiguas”, con dos figuras humanas que se consideren contemporáneas, y es posible que esta estela de Jerez de los Caballeros marque el momento donde empiezan a realizarse. Dos aspectos sugieren una relativa próxima continuidad cronológica en las dos escenas. En la parte superior el espejo tiene adornos circulares en el mango, tanto en el La Cruz de Piedra con 3, como en la de Talavera de la Reina, con 2. Por otra parte, en ambas la caja del carro tiene una forma rectangular atravesada por el eje de las ruedas que da la forma al dividirla de dos cuadrados pegados. Ambos motivos se sitúan en los extremos de la escena superior, y también debió pertenecer al mismo conjunto la lira con 4 cuerdas en ésta de La Cruz de Piedra, que está pegada al espejo.

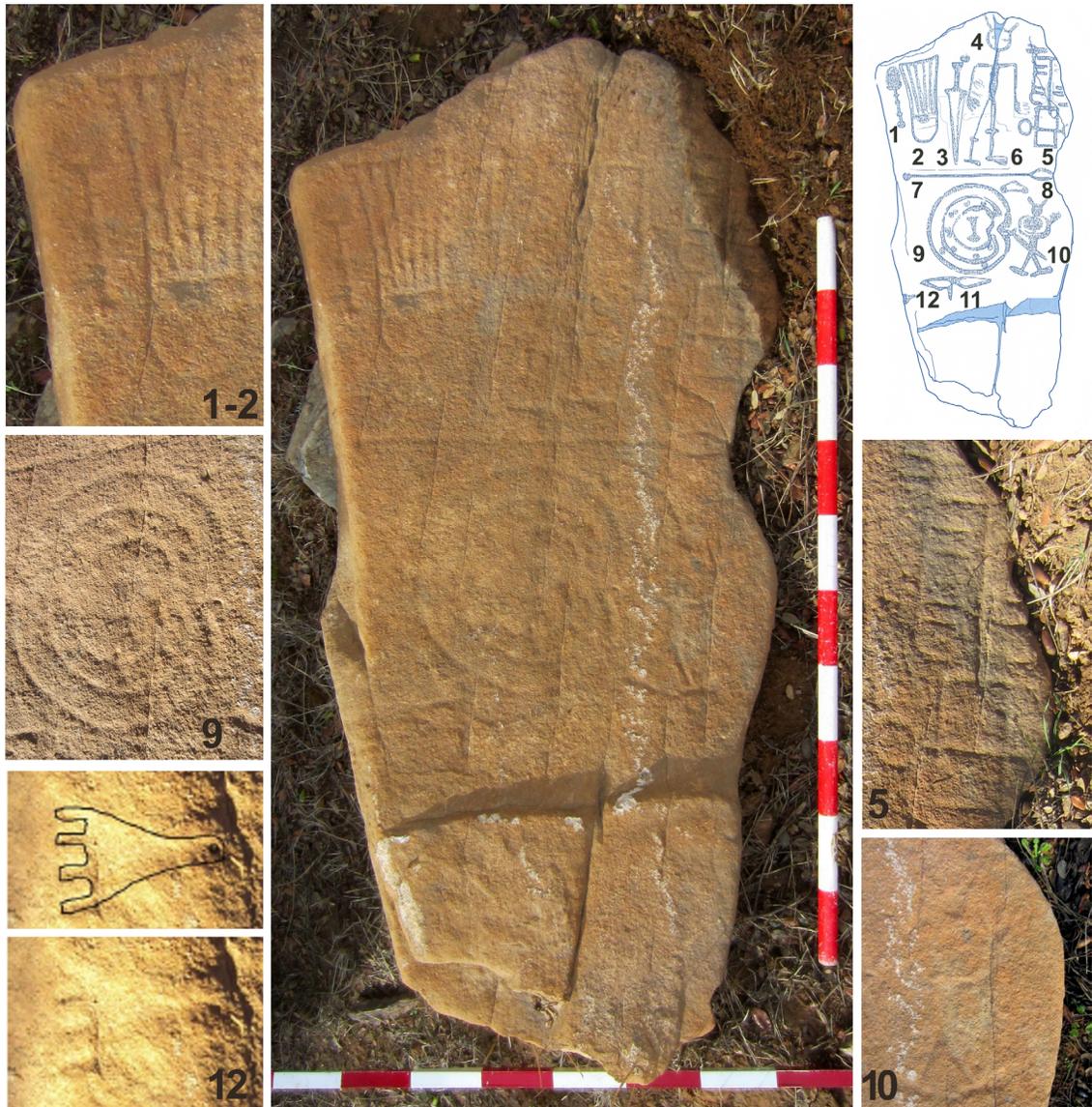


Figura 4. Fotografía de la estela con identificación de los motivos grabados y fotografías de detalle de aquellos de más difícil lectura, con diferentes luces rasantes.

Simultáneamente al retallado del antropomorfo menor, en esta segunda fase, se colocaría la figura humana central, también bastante esquemática como la inferior, con un “casco” de cuernos representado simplemente haciendo unos salientes de una esfera que corresponde a la cabeza. Por debajo de las rodillas hay unas marcas verticales que pueden estar indicando la presencia de un pantalón o protector de cuero en las piernas para montar. Sobre el hombro derecho hay un espacio rehundido que podría corresponderse con una posible fibula situada en su posición lógica. Junto al brazo y mano derecha se ubica una espada grande de un modelo que no se había constatado en otras

estelas del Suroeste, más ancha en el arranque de la hoja junto al pomo, y podría tal vez tratarse de una espada egea.

Quizás al colocarse esta segunda figura, de mayor tamaño, se añadiese el arco debajo del escudo a la escena de debajo, para indicar que el guerrero menor, con espada en el cinto, era un arquero. Así sucede en otras estelas, como el segundo guerrero, con casco de cuernos, de El Viso VI, Córdoba, que presenta arco (Ruiz Lara, 1986: fig. 2; Celestino, 2001: 402; Harrison, 2004: 269), o, ya sin casco de cuernos, el segundo de Alamillo, Ciudad Real (Celestino, 2001: 392; Harrison, 2004: 261), o de Los Palacios, Sevilla (Oliva y Chasco, 1976: 387, fig.

2, 397 lám. 1; Celestino, 2001: 420; Harrison, 2004: 288) y La Pimienta, Capilla (Badajoz: Domínguez de la Concha y González, 2005: 50).

Varios de estos elementos los encontramos también en la segunda estela que presenta más similitudes con ésta de La Cruz de Piedra, en concreto Zarza Capilla I, también en la provincia de Badajoz (Celestino, 2001: 380; Harrison, 2004: 250). Cuenta con un escudo con escotadura en V abierta, ya sin remaches en el interior; lanza en posición sobre el escudo con punta en dirección izquierda; espejo con dos adornos circulares en el pomo y lira detallada, con 3 cuerdas interiores. La figura humana, situada por debajo y de mayor tamaño que el escudo, aún es pequeña, carece de casco de cuernos y presenta espada al cinto y posible protector de cuero o pantalón. A su derecha se ha eliminado un arco con flecha, que se parece al de La Cruz de Piedra, y en el nivel inferior presenta un carro.

Aparte de los ejemplos citados, pueden mencionarse relaciones con otras en función de elementos puntuales en la escena superior. La cabeza circular con cuernos muy esquemáticos, integrados en el óvalo de la cara, sin indicar casco, se repite en Esparragosa de Lares 3 (Pavón y Duque, 2010: 116 fig. 4). Por otra parte, las marcas horizontales indicadas por debajo de las rodillas están presentes en la estela de Olivenza (Badajoz) (nº 65) (Bueno y Piñón, 1985: 37, fig. 1; Celestino, 2001: 409; Harrison, 2004: 277).

La lira corresponde a un modelo muy detallado, con ejemplos más próximos, además de la de Zarza Capilla I, en Quinterías, Herrera del Duque, con 6 cuerdas (Vaquerizo, 1989: 32, 39; Celestino, 2001: 406; Harrison, 2004: 273), en Capote, Higuera de la Real, con 5 cuerdas (Berrocal, 1987: fig. 1-3; Celestino, 2001: 441; Harrison, 2004: 307) y en Cortijo de la Reina I, Guadalcazar (Córdoba) con 7 cuerdas (Murillo *et alii*, 2005: 25, 26 fig. 4/106). Tanto en Zarza Capilla I, como quizás en Capote, el espejo está pegado a la lira, mientras que en Quinterías y Cortijo de la Reina I están presentes, pero pegados al escudo.

El espejo tiene en el mango un motivo decorativo con 3 pequeñas borlas para facilitar el agarre, que finalizan en una línea horizontal, como sucede con Valdetorres (Badajoz: Celestino, 2001: 389; Harrison, 2004: 259), El Viso VI (Córdoba: Ruiz Lara, 1986: fig. 2; Celestino, 2001: 402; Harrison, 2004: 269), Écija I

(Sevilla. Almagro Basch, 1974: 13-16, fig. 3-4; Celestino, 2001: 422; Harrison, 2004: 290) y Écija II (Rodríguez Temiño y Núñez, 1983-84: fig. 289, fig. 1; Celestino, 2001: 422; Harrison, 2004: 290). En ellas, tanto en Valdetorres, El Viso VI como Écija II, los guerreros tienen casco de cuernos.

Las lanzas con contrapeso, indicado como un elemento circular al final del astil, son excepcionales. Las encontramos en la ya mencionada estela-menhir de Talavera de la Reina (Toledo) y también en Magacela (Badajoz: Celestino, 2001: 422; Harrison, 2004: 255), en ambos casos con escudos con escotadura en V y remaches interiores, pero en Talavera la escotadura está abierta al exterior y, en Magacela, es parte de la decoración interna del escudo. Finalmente, respecto al posible peine, por la perforación en un mango levantado, los mejores paralelos son los presentes en Cabeza de Buey II (Badajoz: Almagro-Gorbea, 1977: 172, fig. 69/4; Celestino, 2001: 364; Harrison, 2004: 236) y Ervidel II (Gomes y Monteiro, 1977: 174; Celestino, 2001: 447; Harrison, 2004: 311).

5. Conclusiones

Este trabajo presenta el hallazgo de una estela de guerrero del Bronce Final en el Suroeste peninsular. La singularidad de éste ejemplar estriba no solo en la abundancia de elementos y motivos representados, sino en su disposición interna y en la relación del monumento en sí con un espacio funerario de la Edad del Bronce, incluso anterior, y con un cruce de caminos tradicionales, que reafirman una magnífica combinación de las funciones tradicionales aceptadas para estas manifestaciones: hitos de paisajes funerarios.

La localización de la estela, junto a un camino vecinal, marca un punto a partir del cual, y hacia el norte, se documenta una interesante necrópolis de cistas de la Edad del Bronce, necrópolis que llega tras el cruce del camino con otro secundario, marcado por la cruz de piedra berroqueña que da nombre al lugar. Más allá del cruce, sin embargo, los únicos restos que alcanzamos a percibir es la presencia a unas decenas de metros de una estructura dolménica, posiblemente un tholos, y de otra segunda de más difícil definición. La disposición de la estela, marcando la “entrada” desde el Sureste a este paisaje funerario implica su reconoci-

miento como tal en algún momento del Bronce Final, cuando se hincó dicho monumento, aunque el uso de tal paraje se retraiga muchos siglos atrás. Dicho reconocimiento no hace más que reforzar la idea de muchos investigadores que interpretamos las estelas del Suroeste como las últimas manifestaciones prehistóricas de una tradición que ancla sus orígenes en un Megalitismo neolítico, donde los menhires habían materializado las creencias colectivas en divinidades astrales y terráqueas (Almagro-Gorbea 1977: 193).

Y es que, esta relación entre menhires y estelas, se observa desde los primeros momentos en que ciertos rasgos antropomórficos comienzan a aparecer sobre los primeros, en pleno período Calcolítico. Tal es el caso del muy cercano menhir de La Pepina, Fregenal de la Sierra. En él, se observa no sólo ha reducción de volumen habitual entre los ejemplares más tardíos, sino la transformación del glande en “cabeza humana” mediante el grabado de líneas ondulantes que claramente representan el cabello (Berrocal-Rangel 1991: 212). Un caso muy parecido se localiza mucho más al norte, en tierras del Minho, en Bouça (Mirandela), pero aquí, del glande, pende un colgante rectangular, preludio de las armas que las primeras estelas presentarán en su lugar (Sanchez y Jorge, 1987: fig. 5; Jorge y Jorge 1990). Incluso alguno de estos menhires tardíos en plena transformación fue reutilizado, muy posteriormente, en la forma de soporte de una estela de guerrero, alguna de las más cercanas iconográficamente hablando a la de La Cruz de Piedra, como la estela de Talavera de la Reina (Portela y Jiménez, 1996; Celestino Pérez, 2001: 355). Todos estos ejemplares demuestran una clara dirección en la evolución de los menhires que apunta hacia la asunción de la forma humana completa incluso en el tamaño real de ésta. A lo largo de la Edad del Bronce, a juzgar por las cronologías que se proponen, la forma fálica del menhir se abandona en favor de un soporte más plano, preludio de las estelas venideras. En ese sentido, la “estatua” de Ermida (Viana do Castelo, Norte de Portugal: Baptista, 1995:27-28) demuestra los intentos por reflejar la silueta humana, destacando un frontal plano donde se representan mediante la línea grabada incisa varios elementos de la cara y del vestido de la figura (Berrocal-Rangel 2012: 160-161). En Longroiva (Guarda), también en el Norte de Portugal, se abandona en cierta medida la silueta humana para elegir un bloque plano de

forma losángica donde mediante incisión grabada se representa un guerrero, con las armas a ambos lados del cuerpo, un arco y un puñal de lengüeta a la derecha, y una alabarda de tipo “Carrapatas” a su izquierda, realísticamente representados (Jorge y Jorge, 1990). La estela de La Cruz de Piedra está mucho más cercana a este último ejemplar, pues dispone de un único plano principal, pero todavía apunta formas generales en las que se vislumbra una silueta humana. Por ello, y por otros indicios, nos planteamos la existencia de diversas fases en el uso de esta estela. Además, no menos interesante es su extremo inferior (conforme se dispone y orienta su decoración), pues es evidente su forma de base apuntada y engrosada, destinada a ser hincada en la tierra, confirmando que esta estela fue tallada para estar inhiesta.

Por último, este trabajo quiere destacar la excepcional distribución de los motivos representados, grabados en un soporte especialmente tallado para ser vistos de frente, aunque en la segunda fase se comprueba que dicho plano no estaba embutido en construcción alguna, pues en el re-grabado de motivos como el carro o el espejo usan los márgenes achaflanados. Independientemente de ello, es importante resaltar que, al menos en la última fase, el artista quiso ejecutar un conjunto de motivos perfectamente coordinados entre sí, con la lanza horizontal dividiendo en dos mitades exactas la altura del campo iconográfico, y con el gran antropomorfo y el escudo jugando el protagonismo de formar un eje longitudinal no menos importante que el anterior. Es importante observar que, en este juego semántico, la gran espada que se representa forma parte del mismo eje longitudinal que el gran antropomorfo. Su tipología, que podría representar un modelo micénico, viene a refrendar la importancia que, en este juego dialéctico, demuestran elementos foráneos, como igualmente en los dos lados de superiores de la estela, la lira y el carro de dos caballos.

La relación entre megalitos y estelas, ambos en contextos funerarios, se refuerza por la asociación espacial que se comprueba en La Cruz de Piedra. En este sentido es importante recordar que esta estrecha relación espacial había sido ya detectada en la misma comarca, recalando la continuidad ritual entre ambas manifestaciones (Carrasco 2000: 313), como también J. Oliveira la había señalado en su estudio sobre el dolmen de Fonte da Pipa, en la Beira interior (Oliveira 1997: 442). M. J. Ca-

rrasco y J. J. Enríquez apuntan algo parecido para el vecino dolmen de Las Arquetas y la necrópolis de cistas homónima, apoyando una consideración de:

“respeto del propio espacio funerario ocupado cuando se construyeron allí las cistas... los constructores de cistas tuvieron forzosamente que conocer la estructura tumular, aunque no sepamos con certeza si ello condicionó o no el despliegue de las cistas o si bien, como parece por la dispersión de ellas tal y como ha llegado hasta nosotros, se respetó sin más – tal vez por algo– el espacio inmediato a la misma. No ha sido posible verificar si hubo continuidad en el uso del espacio funerario concreto que marca el sepulcro megalítico. Es decir si fue reutilizado como tal en la época de construcción de las cistas... aunque los objetos arqueológicos hallados en la excavación no apoyan esa reutilización sino todo lo contrario.” (Carrasco y Enríquez 2000: 336).

En suma, a falta de estudios más detallados que aporten información concreta sobre esta

problemática, la estela de La Cruz de Piedra viene a confirmar el fenómeno peculiar que se detecta en esta comarca del Suroeste extremeño, donde la continuidad ritual de los espacios funerarios del Neolítico final y Calcolítico se proyecta a lo largo de toda la Edad del Bronce, alcanzando posiblemente los albores de la Edad del Hierro.

Agradecimientos

No queremos cerrar estas líneas sin expresar nuestra gratitud a Juan Carlos Giraldo Garrón y a Gregorio Masero Lobo por sus ayudas puntuales y colaboraciones en los trabajos de prospección que propiciaron la localización del yacimiento, así como al Director del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, D. Guillermo Kurtz Schaefer, por su accesibilidad y eficacia, desde el primer momento en el que se le transmitió la noticia del hallazgo.

Bibliografía

- Albergaria, J. (2013): Bronze. En J. Albergaria y S. Melro (eds.): *Ocupação proto-histórica na margem esquerda do Guadiana*. Memórias d’Odiviana, 7, Évora: 29-78.
- Almagro Basch, M. (1963): *Excavaciones en el dolmen de La Pijotilla. Jerez de los Caballeros*. Trabajos de Prehistoria X, Madrid.
- Almagro Basch, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, VIII. Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- Almagro Basch, M. (1974): Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica. En E. Ripoll Perelló y M. Llongueras (eds.): *Miscelánea Arqueológica. XXV aniversario de los cursos internacionales de prehistoria y arqueología en Ampurias (1947-1971)* (Ampurias, 1971). I. Diputación de Barcelona. Barcelona: 5-39.
- Almagro-Gorbea, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Universidad de Valencia. Madrid.
- Berrocal Rangel, L. (1987): La losa de Capote (Higuera la Real). *Archivo Español de Arqueología*, 60 (155-156): 195-207.
- Berrocal-Rangel, L. (1991): Aproximación al fenómeno menhírico en Extremadura: los menhires de Fregenal de la Sierra. *Actas del XX Congreso Nacional de Arqueología (Santander 1989)*, Zaragoza: 211-224.
- Berrocal-Rangel, L. 2012: Las estelas diademadas, representaciones de jefaturas femeninas en el Bronce Final. En L. Prados, C. López y J. Parra (eds.): *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género*. Col. Estudios, UAM, Madrid: 157-178.
- Bueno Ramírez, P. (2000): El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitecturas megalíticas. *Extremadura Arqueológica VIII* (El Megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez), Mérida: 35-81.
- Bueno Ramírez, P. y Pijnón, F. (1985): La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz). *Estudios de Arqueología Exemeña. Homenaje a D. Jesus Cánovas Pesini*. Diputación Provincial de Badajoz. Badajoz: 37-43.

- Carrasco Martín, M. J. (2000): El sepulcro megalítico de La Granja del Toriñuelo (Jerez de los Caballeros, Badajoz). *Extremadura Arqueológica VIII* (El Megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez Luengo), Mérida: 291-324.
- Carrasco Martín, M. J. y Enríquez Navascués, J.J. (2000): El sepulcro megalítico de Las Arquetas (Fregenal de la Sierra, Badajoz). *Extremadura Arqueológica VIII* (El Megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez), Mérida: 325-342.
- Celestino Pérez, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra. Barcelona.
- CGS (1981): *Explicación a la Hoja 875. Jerez de los Caballeros*. Mapa Geológico de España. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.
- Del Amo, M. (1993): Formas y ritos funerarios en las necrópolis de cistas del Suroeste peninsular. *Spal*, 2: 169-183.
- Díaz-Guardamino Uribe, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
- Domínguez de la Concha, C. y González Bornay, J.M. (2005): *Estelas decoradas del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. Siglos VIII-V a.C.* Consejería de Cultura. Junta de Extremadura. Badajoz.
- Enríquez Navascués, J.J. y Carrasco Martín, M. J. (1995): Las necrópolis de cistas de Las Arquetas (Fregenal de la Sierra, Badajoz) y otros restos de necrópolis de cistas en las estribaciones occidentales de la Sierra Morena Extremeña. *Spal*, 5: 101-129.
- Fita, F. (1896): Noticias. Vía romana de Mérida a Villafranca de los Barros y somera referencia al dolmen de la Dehesa propiedad de D. J. Peche y Valle en Jerez de los Caballeros. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXVIII: 540.
- García González, L. (1994): *Los ríos extremeños. Introducción a su régimen*. Badajoz.
- Gomes, M. Varela (1994): *A necrópole de Alfarrobeira (S. Bartolomeu de Messines) e a Idade do Bronze no Concelho de Silves*. Xelb, 2, Silves.
- Gomes, M. Varela y Monteiro, J. Pinho (1977): Las estelas decoradas de Pomar (Beja-Portugal). Estudio comparado. *Trabajos de Prehistoria*, 34: 165-214.
- Harrison, R. J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*. Western Academic & Specialist Press. Bristol.
- Jiménez Ávila, J. y C. Barroso (2000): Apéndice I: Relación de monumentos megalíticos incluidos en la Carta Arqueológica de Extremadura. *Extremadura Arqueológica VIII* (El Megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez), Mérida: 415-421.
- Jorge, V.; Jorge, S.O. (1990): Statues-menhirs et steles du Nord du Portugal. En J. Briard y A. Duval (eds.): *Les représentations humaines du Néolithique à l'Âge du Fer*, Paris: 29-43.
- MacWhite, E. (1947): Sobre unas losas grabadas en el suroeste de la Península Hispánica y el problema de los escudos de tipo Herzprung. Homenaje a Julio Martínez Santa-Olalla II. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 22: 158-166.
- Murillo, J.F.; Morena, J.A. y Ruiz Lara, D. (2005): Nuevas estelas de guerrero procedentes de la provincia de Córdoba y Ciudad Real. *Romula*, 4: 7-46.
- Oliva, D. y Chasco, E. (1976): Una estela funeraria con escudo de escotadura en 'U' en la provincia de Sevilla. *Trabajos de Prehistoria*, 33: 387-395.
- Oliveira, J. (1997): *Monumentos megalíticos da bacia do Rio Sever*. Lisboa.
- Pavón Soldevilla, I. (1995^a): *El tránsito del II milenio A.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- Pavón Soldevilla, I. (1995^b): Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: el corte 3 de la Umbria del cerro del castillo de Alange. *Extremadura Arqueológica* (Homenaje a la Dra. Milagro Gil Mascarell) V: 81-97.
- Pavón Soldevilla, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- Pavón, I. y Duque, D. M. (2010): La nueva estela de guerrero de las Bodeguillas (Esparragosa de Lares, Badajoz) y el paisaje cultural del final de la Edad del Bronce en la Serena. *Spal*, 19: 111-128.
- Pérez Macías, J.A. (1987): *Carta Arqueológica de los Picos de Aroche*. Higuera de la Sierra.
- Pérez Macías, J.A. (1996): Las primeras comunidades de la Sierra de Huelva. *Aestuaría* 4: 13-34.
- Portela, D.; Jiménez Rodrigo, J.C. (1996): Una nueva estela de guerrero. La estatua-menhir-estela de guerrero de Talavera de la Reina. *Revista de Arqueología*, 188:36-41.

- Prada Gallardo, A. (2007): *Arqueología de las comarcas del suroeste de Badajoz. Valencia del Ventoso y Fregenal de la Sierra*. Aqualia, Fregenal de la Sierra.
- Ramón y Fernández Oxea, J. (1950): Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce en Extremadura. *Archivo Español de Arqueología*, 23 (80): 293-318.
- Rodríguez Temiño, J. y Núñez, E. (1983-84): Una segunda estela del Bronce Final hallada en Écija. *Pyrenae*, 19-20: 289-294.
- Rodríguez Temiño, J. y Núñez, E. (1985): La tercera estela del Bronce Final hallada en Écija. *Habis*, 16: 482-484.
- Romero Bomba, E. (2003): *El patrimonio arqueológico de Aracena*. Aracena.
- Rosso de Luna, M. (1898): Losa sepulcral de Solana de Cabañas en el partido de Logrosan (Cáceres). *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 32: 179-182.
- Ruiz Lara, D. (1986): Nueva estela decorada en el Valle del Zújar. *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 3: 43-52.
- Sanches, M.J.; Jorge, V.O. (1987): A Estátua-menir da Bouça (Mirandela). *Arqueología*, 16: 78-82.
- Schubart, H. 1975: *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- SIGEO (s.d.): <http://sigeo.gobex.es/portalsigeo/web/guest/geologia-y-recursos-minerales>.
- Silva, C. Tavares da Silva y Soares, J. (1979): O Monumento I da necrópole do Bronze do Sudoeste do Pessegueiro (Sines). *Setúbal Arqueológica*, 6: 121-148.
- Vaquerizo Gil, D. (1989): Estelas de Guerreros' en la Protohistoria peninsular. La estela de Quinterías. *Revista de Arqueología*, 10 (99): 29-38.
- VV.AA. (1972): *Mapas Provinciales de Suelos. Badajoz*. Mapa Agronómico Nacional, Ministerio de Agricultura, Madrid.
- VV.AA. (1987): *Mapa geológico-minero de Extremadura*. Junta de Extremadura, Madrid.